

Entrevista con Carlos Martínez Rivas

Carlos Martínez Rivas, nacido en 1924, es reconocido como «el poeta de los poetas». Debido sobre todo a su aversión a la publicación de su obra, Martínez no es muy conocido fuera de un grupo pequeño de escritores internacionales que incluye a Octavio Paz y Vicente Aleixandre. Las primera dos ediciones de su único libro, *La insurrección solitaria*, están agotadas pero afortunadamente la Editorial Nueva Nicaragua sacó una tercera edición de diez mil ejemplares en 1983.

Martínez es el legado de Baudelaire al mundo moderno. Cuando no anda vagando en sus poemas por las calles de Los Ángeles, Madrid, o Managua observando la vida urbana, es el «niño desheredado» de Baudelaire. De alguna forma, no obstante el grado en que Carlos Martínez cumple con el papel del *poète maudit*, uno siente la compulsión de permitirle al «genio» del arte del poeta redimir el abandono y la auto-indulgencia de su vida. En este caso, como resultado de la naturaleza legendaria de su carácter, la vida de Martínez es más grande que la vida. Tal vez, como dice Beltrán Morales en otra entrevista: «Yo creo que tendemos a exagerar la genialidad de Carlos Martínez porque en cierta forma todos quisiéramos ser él.» Es decir, satisface lo que hemos heredado de los románticos —la idea del artista superior con su halo y vida de bohemio. Aunque la declaración «política» de la vida y obra de Carlos Martínez es decididamente apolítica, cabe preguntarse hasta qué grado lo es, aún cuando, como dice el poeta, su insurrección es cultural.

En la conversación que sigue, el poeta describe el proceso de la creación de *La insurrección solitaria* en los años 40 mientras vivía en París. Habla también de sus encuentros con Octavio Paz, Julio Cortázar, André Breton y el grupo surrealista. Además de discutir su «amistad personal» con Baudelaire, Burns, Villon y otros «delincuentes» literarios, Martínez reflexiona sobre la génesis de «Dos murales U.S.A» (un poema largo y complejo que se publicó en *Cuadernos Hispanoamericanos* en 1964 y que según él fue escrito en las calles de Los Ángeles, California, cuando trabajaba de mensajero en los años 50). El poeta define sus afinidades con la literatura del Siglo de Oro de España, y habla de las diferencias profundas entre su propia poesía y la de su compatriota generacional, Ernesto Cardenal.

Que yo sepa, Carlos Martínez Rivas nunca ha dado una entrevista hasta el momento. Fue difícil vencer su rechazo categórico a la grabadora y a una lista de preguntas. El primer intento fue desastroso: Carlos tomó casi una botella entera de ron en menos de media hora. Otro intento posterior tampoco dio resultados porque de repente el

poeta anunció que tenía una reunión importante —que era una fiesta bastante alegre en la casa de un vecino— y salió. El tercer intento, entonces, me sorprendió totalmente. La conversación duró casi siete horas debido a una serie de circunstancias fortuitas, incluyendo una falta de transporte y una tormenta tropical violenta. La entrevista comienza con el poeta describiendo su lucha con el alcoholismo.

—Me he curado un poco. Ya he conseguido Ativan. Es que se me terminó la reserva de Ativan y mi cuerpo se había acostumbrado a su dosis. Ya tengo yo mi instrumental también. Resulta que me encontré indefenso anoche. Ante toda la noche cuando se me retiró todo el vodka y el ron, temprano, allí comenzó la angustia cuando uno se queda solo en la cama. Comencé a dar vueltas y vueltas y vueltas y comenzó algo que no tenía hacía años. Me afligió mucho. Creía que iba a morir.

—¿Y no avisaste a nadie?

—No. Que muera solo uno. ¿No te parece? Si hay un insomnio ¿por qué va a haber dos? Eso hay que aguantarlo solo. Cuando tuve yo mi infarto en Madrid en 1969, lo que más me preocupó fue toda la complicación —porque yo había observado lo difícil que era sacar un ataúd por la escalera. Lo único que contemplé— qué hombre más práctico que soy yo —era la dificultad del ataúd. Entonces me tendrían que sacar dentro de una sábana. Empecé a ver las dimensiones de la escalera. Esos arquitectos no contaron con la muerte. No supe que había tenido el infarto sino hasta años después hasta que el doctor me hizo un reconocimiento general y encontró una severísima cicatriz en el corazón, carne muerta, creo. Y me dice, «¿De qué será eso?» «Ahí», le dije yo. Yo había apuntado en mi diario todo lo que yo sentía. Y era el infarto. En ese entonces mi preocupación era lo que iba a causar a los dueños de la casa, las molestias de un cadáver. Pero yo escribí inmediatamente después todo lo que yo sentí hasta que llamé a la señora con quien yo tenía un seguro de clínica. Termina mi narración en ese momento. Recuerdo que parecía que estaba en los Estados Unidos porque yo casi acababa de colgar el teléfono —pocos minutos después— y apareció el doctor. ¡Qué eficiencia! Él me preguntó algo sobre mis costumbres, mi vida, y mis condiciones emocionales. «Ah, no» me dice. «Suele que usted sufre mucho por los niños suyos; usted siente muy solo, y usted además se dedica a escribir y ustedes los escritores son un poco gente fuera de lo común en emociones. Usted sufrió un susto, pero no es nada.» En mi diario de esa fecha describí cuando me acerqué al espejo que mis ojos ya no veían; lo que quería decir es que ya estaba muerto. Yo estaba pálido, pálido y los ojos sin mirada. Dejé la puerta abierta y me acosté ya dispuesto a fallecer. Algo similar me pasó en la Intecna, donde vivo en Granada, que no quiero que me pase ahora. Un día tuve un choque anafiláctico que es una intoxicación de vitaminas. Entonces yo me sentí absolutamente peor que en Madrid. En un momento perdí el conocimiento, casi. Me puse mi bata porque una amiga mía, Eunice Odio, estuvo quince días muerta en su bañera. Dije, «No quiero que pase esto. Si yo muero esta madrugada, no quiero que me encuentren como Julio César.» Quien, según Thornton Wilder en *The Ides of March*, se cubrió por pudor cuando lo atacaron a puñaladas. Yo duermo desnudo por el calor, de costumbre. Así que me puse mi bata azul y dejé la puerta entreabierta y también me acosté. Pero debemos empezar con las preguntas.

—Una de las cosas que más me impresionó de tu libro, *La insurrección solitaria*, es su coherencia, su unidad. No es simplemente una colección de poemas líricos sueltos. Me gustaría saber si podrías describir la estructura del libro.

—Magnífica pregunta. Y siempre se lo dije a Octavio Paz. En los mismos tres meses en 1950-51, yo fui acumulando *La insurrección solitaria* en mi cuerpo. El último poema que yo había escrito era «Eunice» a Eunice Odio en 1945. Eunice es un bello nombre. *Eunike*: «bella victoria» en griego. *Nike* es «victoria» y *Eu*, como las Euménides, es el prefijo de bueno, de bondadoso. Los griegos no hacían diferencia entre lo bello y lo bueno. Es decir: *Pulcra aunt qua visa placent*. Bello es lo que visto agrada. Al mismo tiempo decía, que es bueno lo que es propio para el ser. Se hermanaba belleza con bueno. Lo que era bueno era necesariamente bello, y viceversa. No había dicotomía como hubo cuando el cristianismo estableció de que había cosas bellas que eran del diablo. Entonces, volviendo a la pregunta, yo escribí en tres meses *La insurrección solitaria*. Quizás en menos tiempo. Yo digo tres meses por poner un margen que no sorprenda tanto. Pero yo creo que probablemente en un mes. Claro, la había escrito desde que estaba en Madrid. Pero yo, desde que escribí en 1945 el poema para Eunice, recién llegado a España, estuve en silencio hasta que se nos murió Joaquín Pasos. Entonces rompí el silencio con el poema a Joaquín Pasos en febrero de 1947. No volví a escribir excepto cuando mi amigo León Pallais se ordenó como sacerdote y escribí «Romanzón». Son las únicas tres cosas que escribí en años y años de experiencia en España. Los estímulos exteriores e interiores para escribir los fui conservando dentro de mí, acumulando dentro de mi poesía y rigor. Es decir, emoción y vigilancia. Estuve en París. Andábamos juntos, Octavio Paz, Julio Cortázar y yo. Escribimos en ese mismo momento, cada uno un libro. Octavio, ¿*Águila o sol?*; Julio, *Bestiario*; y yo, *La insurrección solitaria*. Los tres están fechados en 1951 aunque no publiqué *La insurrección* hasta 1953, por lo que no he publicado en veinticinco años hasta *Allegro irato*. Y si no me había obligado Rafael Hueso, seguiría mi *Insurrección* inédita.

—¿Había una especie de intercambio de ideas entre ustedes tres?

—Nosotros nos veíamos. Éramos amigos. Una noche Octavio me invitó a cenar y me dijo, «Quiero entregarte algunos originales y entre quince días vuelves a cenar conmigo para que me devuelvas esos originales con anotaciones. Porque aunque tengo los mejores poetas de Europa como amigos, son franceses. Otros son peruanos o argentinos como Cortázar. Tú sabes que el juicio en que yo confío es el tuyo.» Le devolví el libro lleno de anotaciones marginales. Eso fue muy curioso porque se ve que no es cierto cuando alguien pide un juicio sincero. En el libro, todos son poemas en prosa y surrealistas. Yo le llamaba la inmolación del talento de Octavio Paz a sus amigos surrealistas o al movimiento surrealista. Fue una inmolación que él hizo. Así que el libro era en general pobre, como era pobre *Bestiario* de Cortázar. Eran libros europeos.

—¿Y Octavio Paz te presentó a los poetas surrealistas?

—Estaban vivos todos los grandes poetas surrealistas y eran íntimos amigos de él. Octavio ya era un poeta bastante conocido y tenía su posición de diplomático como secretario de la Embajada de México. El estaba muy bien vinculado. Gracias a él he conocido todas las grandes galerías, pintura, poetas y el grupo surrealista. Estuve con

Marx Ernst, Paul La Forge, André Breton, Paul Eluard. Fuimos a la casa de Breton y a veces estaba su hija, Aube, al fondo, sencillamente planchando. En ese tiempo Breton era un hombre que parecía muy viejo. Pero no era así. Nació en 1896. El año en que nació también el gran poeta italiano Eugenio Montale. El año en que se publicó *Los raros*. El año en que murió Verlaine. El año en que por primera vez se puso *La gaviota* de Chekhov con gran desastre. ¡Las coincidencias de la cultura! Entonces, imagínate qué joven era André Breton en 1950. Tenía 54 años. Era cuatro años menor de lo que soy ahora. Yo tuve ese contacto con él. Una vez me dijo, «Que faits vous?» «Estoy escribiendo un libro» «Oh» me dijo él con un brillo en los ojos y una expresión que tenía. Tenía una fisonomía impresionante. «Me alegra mucho.» Y era precisamente *La insurrección solitaria*.

—¿Y la estructura de *La insurrección solitaria*?

—Bueno. Yo recuerdo que era el asombro de mis amigos cuando les leía diariamente cómo iba saliendo el libro.

—¿Cómo trabajaste?

—Yo recuerdo asombrado cómo escribí un poema tan rico como es «Las vírgenes prudentes». Me vine de cenar donde Octavio, caminando. Siempre he sido un ambulante nocturno de grandes ciudades. Recuerdo que eso llevaba como dos o tres horas. Me vine caminando del Bois de Boulogne que era el extremo de París donde vivía Octavio en una casa muy elegante en la rue Víctor Hugo. Me vine caminando hasta la rue Cassette. El vivía en la rive droite y yo en la rive gauche. Fui caminando y pensé en el poema y cuando llegué a mi habitación era tardísimo. Ya no digamos que era alta noche. Ya era casi baja madrugada. Pero me dije, «Esto no se me escapa. Si no lo escribo ahora, si me acuesto a dormir... Entonces con la enorme fatiga de la noche con Octavio, con la fatiga de la caminata, sin embargo yo escribí de un tirón el manuscrito. Lo guardé contentísimo y me fui a dormir. Dejé clavada a la familia de que no me llamara, porque había sol cuando yo terminé. Y me despertaron a las cinco de la tarde. Así, cogí el manuscrito y fui a buscar a dos amigos míos y les leí la maravilla de *Las vírgenes prudentes*. Yo recuerdo cuando a Octavio Paz le leí ese poema que quiero tanto, «San Cristóbal». Cuando dice, «—¿Hay paso?— gritó el niño/ mirando hacia lo oscuro/ en los últimos límites/ de lo bruto.» Octavio dijo, «Momentito, ya comenzar un poema con eso, con semejante expresión, la naturaleza deja de ser de nuestra tierra. Es como la Estigia, el infierno.» Era un asombro todos los días mi lectura de *La insurrección...* El poema, «Pentecostés en el extranjero», fue escrito en la casa de Octavio Paz. Estábamos Elenita (la esposa de Octavio), Octavio y Ernesto Cardenal que acababa de llegar con Ernesto Gutiérrez. Y también estaba Teresita Ramírez que en ese tiempo andaba con Cardenal en París. Se propuso que escribiéramos un poema cada uno. Era el día de Pentecostés. Nos pusimos a considerable distancia en la gran mansión de Octavio. Ernesto no escribió nada. Octavio salió diciendo «No me salió nada.»

—¿Y esa parte en el poema que dice, «El murado yo voluntarioso con ceño de diamante»?

—Es Castiglione, Leonardo. Es el hombre del Renacimiento, cuando todavía hay una individualidad.